

# Pobreza y sociedad industrial

A propósito de la obra  
de Gertrude Himmelfarb,  
«La idea de la pobreza»

Méjico, FCE, 1988, 630 págs.  
Traducción de Carlos Valdés

Durante muchos años el estudio de la pobreza ha sido casi un mero accidente en nuestra historiografía, en tanto que constituía una verdadera corriente de investigación, plasmada en importantes publicaciones, fuera de nuestras fronteras. El interés por los pobres se enmarca dentro de la nueva atención que, desde los años 60, los historiadores prestarán a delincuentes, locos, enfermos, desamparados y marginados de todo tipo. Gentes todas que, salvo casos aislados y excepcionales, no han dejado un rastro individual, «gentes sin historia» que suelen tener en la pobreza una de sus notas comunes y definidoras.

De todos modos, el interés no es tan reciente como los nuevos estudios históricos, de los que por fortuna han aparecido ya varios en nuestro país, a veces dejan entender. La pobreza fue campo de reflexión sociológica y política en los momentos en que transformaciones económicas importantes, como lo fueron el desarrollo de los Estados Modernos y, sobre todo, la revolución industrial, trastornaron el equilibrio de fuerzas imperante. Y esa reflexión tenía en todo momento un evidente trasfondo económico, aunque no siempre explícito.

Son precisamente los inicios de la era industrial en Inglaterra, país que durante mucho tiempo ha funcionado como punto inevitable de referencia del proceso, el objeto de este enorme estudio de G. Himmelfarb. Enorme no sólo por el tema, sino por la amplia óptica y la casi exhaustividad a la hora de abordarlo. Gran experta en la época victoriana, la autora se ha adentrado también en la crítica, recogida en parte de una obra tan rica como polémica, *The New History and the Old*, en la que, hablando de los nuevos modos de hacer historia, apunta hacia una de sus grandes fallas: la historia se va reduciendo cada vez más, dice, y olvidando la historia política, corre el riesgo de negar tanto la eficacia de los individuos como la posibilidad de libertad (1987: 11).

El libro, que rastrea la idea de la pobreza en ese período clave de la historia occidental, muestra en buena medida cómo puede hacerse una historia de las ideas que, sin olvidar el peso indudable de los individuos concretos, los enmarca en el mundo cambiante en el que viven y en los medios de que se sirven para la difusión y debate de sus tesis. La historia política y la historia social están presentes en todo el largo desarrollo del estudio sobre un tema que, en palabras de la autora, constituye un híbrido entre la historia social y la historia del pensamiento.

El estudio parte del siglo XVIII, en que la idea de pobreza se seculariza, da un repaso a la transformación de la misma

y llega a los años 40 del siglo XIX, años de la reforma de las Leyes de Pobres, del movimiento cartista, del auge del radicalismo y de la apasionada exposición hecha por Engels sobre la condición de la clase obrera inglesa.

El cambio en la idea de pobreza es mucho más rápido que el de cualquier otra idea en estos años cruciales, señala G. Himmelfarb, y en muy corto espacio de tiempo se pasará del optimismo moral de A. Smith y su época al pesimismo radical de Malthus o D. Ricardo. Después de Malthus ya nadie podrá decir que la historia es sólo la de las clases altas, pues, como señala la autora, aunque los pobres no sean todavía el sujeto sobre el que escriben los historiadores, si serán ya el sujeto y ocuparán el primer plano de la historia. Malthus significará el paso de la filosofía moral sobre la pobreza a una economía política en que la moral ya no constituye la base de asentamiento. La historia social del XIX vendrá marcada por los intentos de llenar este vacío moral dejado por la teoría malthusiana.

La nueva Ley de Pobres, con el imperio de las *workhouses* como el instrumento para hacer que nadie que pueda valerse por sí mismo acuda a la caridad, provocará un gran debate, no sólo económico, sino político. Debate sobre la centralización, que se viste con argumentos paternalistas y humanitarios con la aparición de un radicalismo conservador, cuyo representante sería Carlyle, en los mismos tiempos en que Cobbet y la nueva prensa representarían el populismo radical. Prensa que tendrá tanta importancia en el movimiento cartista, que la autora analiza desde unos planteamientos un tanto polémicos, pero ricos en sugerencias. También polémica es su interpretación de la obra de Engels, aparecida en alemán en 1845, pero traducida al inglés sólo a finales del XIX, lo que hace que no sea tan influyente sobre los contemporáneos como la obra de los citados Cobbet o Carlyle. La idea de la pobreza en el libro de Engels, que popularizará el término proletariado entre los radicales ingleses, es la de una pobreza total, cualitativa y cuantitativamente, diferente de las anteriores concepciones al dar una nueva conciencia y un nuevo papel histórico a los pobres.

Las dos últimas partes del libro se centran en el estudio de la «cultura de la pobreza», con una interesante y ceñida exposición de la obra de Henry Mayhew, que si no descubrió el mundo de los pobres sí provocó una «conmoción de reconocimiento» del mismo, de mayor impacto aún que los informes previos a la reforma de 1834 de las leyes de asistencia a los pobres y los posteriores informes sobre la salubridad pública y condiciones de vida de las clases menesterosas coordinados por E. Chadwick.

La literatura constituye el núcleo de la última parte del libro. Tras una interesante discusión sobre la misma como fuente histórica y sus peligros, la autora procede a un pormenorizado análisis de las obras de Dickens, Disraeli, Gaskell y otros autores, hoy apenas conocidos salvo por los estudiantes, pero que en su momento tuvieron una gran difusión, como en el caso de los dos últimos citados: *Sybil, Mary Burton o North and South* serán tan importantes en su momento como la obra dickensiana.

*La idea de la pobreza*, aparecida en inglés en 1983 y vertida hoy al castellano en una traducción clara y por lo general correcta (hay términos como «people», «workhouse» o «labour» de traducción no siempre fácil) es, básicamente, un estudio de la historia del pensamiento. Estudio que, mostrando la inevitable y continuada interrelación entre pensamiento y hechos materiales, deja también patente que el pensamiento puede ser motor de la realidad sobre la que se vuela y que, en cierta medida, colabora a crear.

Carmen López Alonso